

La “semántica de prototipos” y el predicado *típico**

RESUMEN

Tras el virtual abandono del programa inmanentista de la ‘semántica estructural’ y el creciente giro conceptualista del internismo Chomskyano, la semántica léxica actual es mayoritariamente ‘cognitiva’, y atribuye un papel crucial a la ‘teoría de los prototipos’ de Rosch. Sin embargo, hay razones sólidas para creer que los prototipos no son tan frecuentes como se supone, ni siquiera en el nivel conceptual, y son irrelevantes a nivel semántico. Este estudio cuestiona el conceptualismo de la semántica actual, arguye que la ‘teoría de los prototipos’ no es generalizable, porque los sujetos sólo excepcionalmente saben lo bastante de las cosas para generar prototipos, y aporta evidencia lingüística que confirma que, para los conceptos asociados a las unidades léxicas, al menos, casi nunca cabe esperar prototipos, ya que el sentido de el X típico, lo típicamente X, o el modo típico de X o es incoherente, o no es computado composicionalmente, o es ininterpretable para muchos hablantes, lo que sugiere que éstos al menos no tienen prototipos a su disposición.

* Este trabajo responde a un problema que surgió en el marco del proyecto MEC-04-HUM2004-01810, cf. Escribano et al. (2005), y deseo reconocer aquí la valiosa colaboración de Daniel García Velasco, Carlos García Wegener, Francisco Martín Miguel, y Ana Isabel Ojea López en la exploración empírica que lo alimenta. El enfoque teórico y el análisis e interpretación de los hechos, sin embargo, es personal, y cualquier error o defecto de argumentación que aquí haya también es de mi exclusiva responsabilidad.

PALABRAS CLAVE: *semántica, internismo, inmanentismo, conceptos, prototipos, estereotipos*

ABSTRACT

After the virtual abandonment of the inmanentist programme of 'structural semantics' and the increasingly conceptualist turn of Chomsky's internalist one, contemporary lexical semantics is mostly 'cognitive' and attributes a crucial role to Rosch's 'prototype theory'. Yet, there are solid reasons to believe that prototypes are not nearly as frequent as assumed at the conceptual level and are irrelevant at the semantic one. This paper questions the conceptualist turn of current linguistic semantics, argues that 'prototype theory' is not generalisable, as subjects only exceptionally know enough about things to be able to generate prototypes, and provides linguistic evidence that confirms that, for concepts associated to lexical items, at least, prototypes can almost never be expected, since the sense of the typical X, what is typically X, the typical way of X is either inconsistent, or not even compositionally computed, or uninterpretable for many speakers, which suggests that these, at least, do not have prototypes at their disposal.

KEY WORDS: *semantics, internalism, inmanentism, concepts, prototypes, stereotypes*

"Those who identify thought with speech
simply close the door on the problem."
Vygotskij (1986: 3)

1. Introducción: crítica de la semántica conceptualista

Es obvio que el Lenguaje y el resto de la Mente se relacionan estrechamente, y que el primero nos ayuda a fijar y controlar el flujo del pensamiento, cf. Jackendoff (1997: 194-207) y, hasta cierto punto, a exteriorizarlo, pero la idea filosófica tradicional, y ya parte del sentido común, de que el Lenguaje 'expresa' el Pensamiento es una simplificación (expresa lo que puede y como puede), y la aún más radical de Wittgenstein (1973[1922]: párr. 5.6) de que el Lenguaje define los límites de lo pensable es sólo una especulación brillante, porque hay sólidos indicios de que

hay pensamiento al margen del Lenguaje, aunque no al revés. Chomsky, sin embargo, siempre ha insistido en que el Lenguaje es una facultad independiente, cf. e.g. Chomsky (1986; 1993; 2002), y en lo referente a la forma (sintaxis, morfología, fonología), la hipótesis de autonomía no resulta difícil de mantener, pues los intentos de derivarla de la función han tenido pobres resultados, cf. Newmeyer (1998). Es en lo que hace al 'contenido' donde la hipótesis de autonomía es más problemática, porque el Lenguaje se manifiesta siempre apoyándose en nuestros órganos perceptivos, cognitivos, y expresivos, y en el uso normal nunca tenemos acceso al sentido sin, al menos, sus correlatos conceptuales y por lo general extra-mentales (contextuales). Es cierto que Frege (1952[1892]) demostró la independencia del sentido respecto al referente, y luego Austin, Grice, Searle, etc. han demostrado que también es separable del uso, pero aislar los **sentidos** de los conceptos asociados y estudiarlos en sí mismos es más difícil, aunque tanto la 'semántica estructural' Saussureana como el programa de Chomsky presuponen esa distinción. Sin embargo, la evidencia a favor de la autonomía de los sentidos es escasa¹ en comparación con la que sugiere una estrecha correspondencia, si no identidad, entre sentidos y conceptos. Los lexicógrafos no aciertan a separar el significado 'lingüístico' de las propiedades de las cosas nombradas (el Diccionario de la Enciclopedia, la competencia lingüística del conocimiento general), cf. e.g., Haiman (1980), muchos filósofos y lingüistas, esgrimiendo argumentos que proceden de Quine (1953), lo consideran imposible, y la tendencia predominante

1 Aunque alguna evidencia sólida, sí que hay. Aparte de lo que la 'semántica estructural' descubrió en su día sobre la inconmensurabilidad de la forma del contenido de las lenguas, un caso muy claro es la inconsistencia ontológica de los 'objetos' nombrados por términos como *libro, banco, casa, puerta, ciudad, Londres*, etc. que cita Chomsky (2000: 16, 34-40, 125-127, 135, 150, 191 *et passim*) y que los cognitivistas describen como polisemia sistemática en relación con conceptos 'polifacéticos', cf. e.g. Croft y Cruse (2004).

en la semántica reciente es no intentarlo siquiera.² Con el programa de la semántica estructural estancado, y el reciente giro conceptualista del minimismo Chomskyano, el estudio inmanente del significado lingüístico se ha detenido, y la tentación de asumir que los sentidos son sólo conceptos es irresistible. De ahí que quienes ahora se profesan ‘mentalistas/internistas’ defiendan teorías conceptualistas, pero ya no inmanentistas. Así, en la ‘semántica de marcos’ de Fillmore, cf. e.g., Fillmore y Atkins (1992) y en la ‘semántica cognitiva’ de Wierzbicka (1985), Langacker (1987; 2008), Lakoff (1987; 1988; 1999), Taylor (1995), Talmy (2000), Croft y Cruse (2004), Geeraerts (1997; 2006), etc., el único ‘significado’ del que se habla es de naturaleza conceptual, en Jackendoff (1983; 1990; 1997; 2002), que describe su investigación como ‘semántica conceptual’, el ‘significado’ está en módulos cognitivos diversos pero **no** es inmanente al Lenguaje, y, lo que es aún más significativo, en el programa ‘minimista’ Chomskyano, tras adoptarse la hipótesis de que el Léxico no forma parte de la Facultad de Lenguaje ‘en sentido estricto’, cf. Hauser et al. (2002), Fitch et al. (2005), ya no se habla del ‘sentido’ inherente al nivel SEM del Lenguaje-I sino de la interpretación/uso que SEM recibe en el componente conceptual-intencional (C-I),³ cf. Chomsky (2002; 2005), i.e., tras muchas fluctuaciones, la teoría conceptualista parece haber desplazado a la inmanentista que, programáticamente al menos, aparecía en Katz y Fodor (1963), Katz (1972), Chomsky (1986; 1993; 1995; 1998), y varios artículos

2 Una excepción entre los lingüistas no Chomskyanos es la obra pre-cognitivista de Cruse (1986; 1990: 395). Entre los filósofos del lenguaje, Katz (1981; 1987; 1990) aún trata el significado como sentido inmanente al sistema lingüístico, aunque su concepción internista (Chomskyana) de Katz y Fodor (1963) y Katz (1972) ha dado paso a una visión del Lenguaje como un objeto ideal.

3 Sin embargo, esa ‘solución’ es inviable, en el fondo, porque la ‘interpretación’ que de las derivaciones lingüísticas hagan los sistemas de C-I ha de ser **motivada**, y por tanto finalmente justificada por las propiedades ‘semánticas’ del léxico y la sintaxis, o lo que de ellos se refleje en SEM/LF.

del período minimista en Chomsky (2000). Con ello, la hipótesis de autonomía de la Facultad de Lenguaje queda reducida a la sintaxis, y el 'internismo' Chomskyano, una vez excluido el significado léxico, pierde gran parte de su filo, cf. Escribano (2008).

Como Vygotskij comprendió, identificar los conceptos con los sentidos es un error, y tan grave como confundir el sentido con el referente, con el uso, o el concepto con cualquiera de los dos, cf. Coseriu (1992), Katz (1990), y Wierzbicka (1985), respectivamente, pero la estrategia identificadora de conceptos y sentidos es a corto plazo ventajosa tanto para la psicología cognitiva como para la semántica cognitiva. La primera necesita individualizar sus conceptos, en particular sus 'conceptos léxicos' (¡curiosa categoría!), y recurre a sus nombres, pese al evidente riesgo de hipóstasis.⁴ A su vez, la semántica conceptualista, por definición, necesita hipostasiar correlatos conceptuales a los que pueda atribuir el status de significados. La semántica cognitiva, en particular, trata a los conceptos como **referentes** con múltiples 'facetas', cf. Croft y Cruse (2004), y encuentra polisemias donde simplemente hay homonimias.⁵ No hay mucha diferencia, en el

4 Bajo las teorías 'distribuidas' de la cognición al uso, cf. e.g., Moss, Tyler y Taylor (2007), la individuación intensional de los conceptos es más problemática que bajo una teoría clásica 'localista', en la que un concepto es un 'individuo', un 'particular' definible espaciotemporalmente, cf. Strawson (1959) y Fodor (1998). Bajo una teoría distribuida, en cambio, la red neural genera un número indefinido de 'conceptos efímeros' que se parecerán entre sí, en distintos grados, si muestran patrones parcialmente recurrentes de activación de propiedades; por tanto, se puede hablar de 'un' concepto sólo en la medida en que un 'mismo' patrón de activación de propiedades recurra y se convierta en una estructura cognitiva (una predisposición, etc.) estable, pero probar que es así es problemático, por razones Quineanas muy conocidas, si los conceptos no tienen atributos necesarios y suficientes.

5 El análisis que Geeraerts (1997) hace de *fruit* como término polisémico (= fruta/fruto) es típico, en este sentido, pero dudoso, porque en **This is the tropical fruit of my efforts*, donde los dos modificadores activan simultáneamente los dos sentidos de *fruit* hay zeugma, y en español, sin ir más lejos, esos dos sentidos han

fondo, entre quienes sostienen que los significados son conceptos *tout court* (léase ‘modelos cognitivos idealizados’, ‘esquemas cognitivos’, etc.), e.g., Wierzbicka (1985), Lakoff (1987; 1988; 1999), o Langacker (1987; 2008), y quienes como Jackendoff (1983; 1990; 1997; 2002) precisan que sólo cuenta como ‘significado’ la parte **expresable** de la información conceptual. En el segundo caso, desde luego, al menos no hay identificación entre significados y conceptos, sólo un solapamiento, pero en ambos hay hipóstasis, porque no hay razón para esperar que las expresiones lingüísticas tengan referentes, ni siquiera conceptuales. Y viceversa: tampoco la hay para suponer que ‘el mundo’, incluida nuestra estructura conceptual, es exhaustivamente denominable con los recursos de los lenguajes naturales.

La hipóstasis de conceptos a partir de sus (supuestos) nombres por parte de psicólogos y lingüistas cognitivistas es, pues, sólo un caso más de confusión entre el Lenguaje y el Pensamiento, y tan pernicioso como la hipóstasis de objetos en la semántica referencialista de Russell o Tarski, que Quine, Wittgenstein (y Chomsky) denuncian, o la de sentidos ideales en la teoría dualista de Frege, que ontólogos más ‘austeros’ como Wittgenstein, Quine y Davidson rechazan. En todos los casos, el problema es el mismo: en el de los conceptos, la existencia de un nombre asociado con (alguna faceta de) un concepto es un dudoso argumento a favor de la individuación de lo que el nombre nombra *qua* concepto; y viceversa, la existencia de un concepto asociable desde alguna perspectiva con un nombre es un mal argumento a favor de la existencia de un sentido co-extensivo con dicho concepto.

sido lexicalizados separadamente, i.e., *fruta* vs. *fruto* (e.g., *fruta tropical*, *el fruto de mi esfuerzo*, con zeugma en **el fruto tropical de mi esfuerzo*). También la polisemia de *libro* (= obra/tomo), cf. e.g., Croft y Cruse (2004), es sospechosa a la vista de **un libro trascendental en rústica*, **un magnífico libro mojado*, donde los dos modificadores activan simultáneamente las dos supuestas ‘facetas’. El fuerte efecto zeugmático resultante indica, sin embargo, que el sistema lingüístico en esos casos computa dos unidades independientes, i.e., que no hay polisemia, sino homonimia.

Los conceptos ('esquemas', 'modelos cognitivos idealizados', 'marcos' Fillmoreanos, etc.) contienen mucha más información que los sentidos; de ahí la 'polisemia' y el carácter 'enciclopédico' del significado que perciben los cognitivistas, pero conceptos y sentidos son cosas distintas, y han de ser justificados en virtud de lo que los distingue de otros conceptos o sentidos, respectivamente. Sea cual sea el origen (filogenético y ontogenético) del Lenguaje, y es obvio que descansa en facultades perceptivas, motrices y cognitivas previas, en su forma madura ya es un sistema de computación *sui generis*, y debe ser estudiado desde un punto de vista inmanente. Atribuirles a las palabras la función de meras etiquetas (polisémicas) de conceptos 'polifacéticos' sólo es justificable como una estrategia de aproximación indirecta a un sistema encapsulado que no se exterioriza al margen de otros módulos. Es cierto que no hay alternativa a empezar por analizar el uso y las intuiciones de los hablantes, pero no cabe identificar el uso con el concepto (cf. Wierzbicka 1985; 1990), ni apresurarse a confundir ninguno de los dos con el sentido. Lo que suele llamarse 'significado' en la semántica cognitiva, sin embargo, no es todavía sino 'uso'.

Buena prueba de ello es el gran papel que en la semántica cognitiva juega, indebidamente, el concepto de prototipo. En el resto de este trabajo, intentaré demostrar que los prototipos son un fenómeno esporádico y sin verdadera relevancia en la categorización ni en la teoría semántica, aunque contribuyan a explicar ciertos usos. Sin embargo, convertir la teoría semántica en una teoría del uso no sólo es impropio, como Katz (1981; 1990) arguye en su crítica de Wittgenstein (1988[1953]),⁶ sino impracticable, porque una teoría del uso es una 'teoría de todo', y el todo es científicamente intratable, como Chomsky ha señalado repetidamente (e.g. Chomsky 2000: 72; 2005: 4).

6 Para Katz, el problema en su forma más clara y rotunda es que los usos son 'tokens', eventos particulares que entran en relaciones causales con otros particulares, mientras que los sentidos son 'types'.

2. la semántica de los prototipos

Como consecuencia de su teoría conceptualista del significado, la 'semántica cognitiva' se ha hecho dependiente de la psicología en cuanto a la estructura de los significados (= conceptos). A partir de los experimentos de Rosch, cf. Rosch (1973; 1999[1978]), Rosch y Mervis (1975), la concepción predominante al respecto entre los psicólogos cognitivos es la Teoría de los Prototipos (TP,⁷ en adelante),⁸ cf. Laurence y Margolis (1999) y Murphy (2004: 38-

7 Las raíces intelectuales de la TP están en la crítica del concepto de analiticidad y de la insolencia de las definiciones de Quine (1953) y en el aproximadamente contemporáneo análisis de Wittgenstein (1988[1953]: párr. 66-70) del significado de *Spiel*. Viene, pues, de la semántica filosófica anti-esencialista, y pasa, a través de la teoría cognitiva de Rosch, a una lingüística aún internista, pero ya no Chomskyana, sino conceptualista y holista, reconciliable con la teoría de Quine, pero no con la de Wittgenstein. La cuestión es obvia para Wierzbicka (1985; 1990), que centra su análisis en los conceptos, al margen de los usos, pero oscura para cognitivistas más empiristas y Wittgensteinianos, como Geeraerts (2006d: 431). Langacker (2008: 30) intenta superar el abismo entre [significado=concepto] y [significado=uso] afirmando que en la Gramática Cognitiva la conceptualización alcanza a los actos de habla *in toto*, y por tanto a los usos, pero reconoce que los conceptos son estructuras (relativamente) permanentes, mientras que los usos son efímeros. Es paradójico, pues, que la teoría de Wittgenstein fundamente el conceptualismo de la semántica cognitiva. Las objeciones anti-esencialistas de Quine y Wittgenstein en realidad han condicionado también las concepciones semánticas externistas, sólo que quienes ven el Lenguaje como una institución social con la que los individuos sintonizan al hacerse competentes sostienen que lo que cuenta como significado no son los 'prototipos', conceptos privados, sino los 'estereotipos' del grupo social, cf. Putnam (1975). La lógica, sin embargo, es la misma, y, de hecho, 'prototipo' y 'estereotipo' son constructos con funciones teóricas paralelas en las teorías internistas y externistas, respectivamente. Lo que aquí se dirá acerca de la irrelevancia semántica de los prototipos vale, pues, también para los estereotipos: sin ellos no es posible explicar el uso, pero no son identificables con los significados

8 Con muchas puntualizaciones. Los efectos experimentales registrados por Berlin y Kay, Labov, Rosch y sus colaboradores no exigían sustituir los conceptos clásicos por prototipos, ni las categorías aristotélicas por agregados de límites borrosos. Significativamente, Rosch (1999[1978]) se distanció pronto de la concepción esencialista de los prototipos, limitándose a insistir en que los efectos observados requieren explicación, pero no necesariamente una nueva teoría de la estructura

40), y los entusiastas de la 'semántica cognitiva' suelen adoptarla,⁹ **generalizándola**, y sostener que todos los significados son intensionalmente estructuras prototipo + periferia (que generan variantes y los hacen polisémicos) y corresponden a categorías extensionales con miembros más y menos representativos y límites borrosos.¹⁰

Es cierto que Wierzbicka (1985; 1990: 347, 365-367) se centra en los núcleos conceptuales y niega la relevancia semántica de prototipos y periferias, y que Lakoff (1987; 1999), Taylor (1995: 63), y Langacker (1987; 2008) buscan distanciarse de las versiones más esencialistas de la TP y distinguen entre prototipos, efectos superficiales según Lakoff, y 'modelos cognitivos idealizados' (Lakoff) o 'esquemas cognitivos' (Langacker) más abstractos y parecidos a los conceptos clásicos. No obstante, todos asignan un papel importante a los prototipos como fase 'natural' e inicial

conceptual, puesto que las respuestas de los sujetos resultan de la interacción de muchos factores (perceptivos, cognitivos, afectivos, etc.). Otros psicólogos también han cuestionado la ecuación concepto = prototipo, e.g., adoptando teorías 'duales' que atribuyen los efectos de prototipicidad a estrategias de identificación asociadas a conceptos clásicos, pero separables de ellos, que no actuarían cuando el sujeto puede permitirse una categorización reflexiva, cf. Osherson y Smith (1999[1981]), Armstrong et al. (1983). Más radicalmente, Fodor (1998) niega que los conceptos básicos (= léxicos) puedan tener estructura, y tampoco la de prototipos, porque no interaccionan composicionalmente, aunque Cruse (1990: 390-391) explica convincentemente por qué el prototipo de *yellow apple* nunca podría ser composicional y Jackendoff (2002: 356) sostiene que el de *pet fish* (un ejemplo de Fodor) no lo es debido a una lexicalización independiente.

9 En alguna (o varias) de sus facetas: la 'extensional' (prototipo = ejemplar favorito/conjunto de miembros centrales de la categoría), la 'intensional' (prototipo = conjunto de atributos), o la 'conceptual' (prototipo = concepto).

10 Geeraerts (1989; 1997, cap. 1, 2006b, c) cuenta muy bien la historia y el papel de la TP en la semántica cognitiva y las raíces intelectuales de ésta, incluidos sus antecedentes pre-estructurales. Convenientemente, según Geeraerts (1989: 15-18; 1997: 21-23), el concepto de 'prototipicidad' es él mismo Wittgensteiniano, pero Cruse (1990: 382) se muestra escéptico, y Wierzbicka (1990: 365-367) muy crítica ante lo que considera flagrante abuso de él para justificar análisis insuficientes.

(por defecto) en la génesis de los conceptos, cf. Taylor (1995), y como depósito de los ‘detalles’ que los esquemas cognitivos no suministran y que, sin embargo, son clave para la explicación del uso, cf. Geeraerts (1990; 2006a). En la medida en que la semántica cognitiva pretende describir/explicar el uso (o, al menos, el potencial de uso, puesto que es conceptualista), la TP le resulta conveniente, porque los usos son variables y proteicos. Los prototipos y sus periferias, y las clases de estructura radial y límites borrosos encajan muy bien en una teoría holística que rechaza programáticamente todas las distinciones clásicas (e.g., entre Cognición y Facultad de Lenguaje, Enciclopedia y Léxico, Esencia y Accidentes, etc.), subrayando la uniformidad y la continuidad de todos los fenómenos cognitivos. Por eso, la TP es un componente clave tanto de la investigación (los análisis semánticos en términos de prototipo y periferia han proliferado en las últimas dos décadas), como de la retórica y la pedagogía cognitivista. Taylor (1995: 38-39), por ejemplo, cree que la estructura prototipo + periferia es relevante para ‘la gran mayoría’ de los significados, para Geeraerts (2006e: 42-43) es un principio básico de **toda** cognición, Coleman y Kay (1981), Kleiber (1989) o Geeraerts (1997) describen su investigación, simplemente, como ‘semántica de prototipos’, las enciclopedias de lingüística al uso contienen entradas con esa denominación, cf. Coleman (1992) o Geeraerts (1994), y especialmente Geeraerts (1990; 1997; 2006a,b,c) defiende arduamente la importancia crucial de la TP en la fundamentación de la lexicografía, la lexicología, y la semántica cognitivista.

Sin embargo, Rosch, como la mayoría de los psicólogos cognitivos, nunca generalizó la TP a **todos** los conceptos, y en realidad los cognitivistas la han adoptado basándose en un número limitado de ‘estudios de caso’ favorables, sin comprobarla sistemáticamente; no había, ni hay, una base empírica suficiente para generalizarla, y sí una poderosa razón para **no** hacerlo, cf. *infra*. Los experimentos en los que se basa la TP se limitaron a un pequeño número de conceptos: los de color, en Berlin y Kay

(1969), los de recipientes (VASO, COPA, CUENCO, FUENTE, JARRA,...) en Labov (1973), las categorías genéricas MUEBLE, FRUTA, VEHÍCULO, ARMA, VERDURA, HERRAMIENTA, PÁJARO, DEPORTE, JUGUETE, y VESTIDO, en los trabajos de Rosch y colaboradores, MENTIR, en Coleman y Kay (1981), MIRAR, MATAR, HABLAR, ANDAR o HACER en Pulman (1983), y pocos más.

Una objeción que cabe hacer, pues, a la TP es a la selección de conceptos que ha generado su base empírica, especialmente los analizados por Rosch y sus colaboradores. Términos como *mueble*, *fruta*, *vehículo*, etc., como el de *Spiel* de Wittgenstein (1988[1953]), nombran clases extensionalmente grandes y heterogéneas, son relativamente pobres en atributos, y no son 'básicos' en el sentido de Rosch, aunque en inglés y español estén lexicalizados (pero otras lenguas no tienen términos 'funcionales' de ese tipo). Según la propia teoría de Rosch, sin embargo, las categorías 'básicas' y cruciales en nuestra cognición son conceptos más ricos y precisos como MESA, MANZANA, BICICLETA, CHAQUETA, etc. Habría sido lógico, pues, comprobar la TP ante todo con ese tipo de conceptos, en vez de con los supra-ordinados a ellos (cf. Tsohatzidis 1990: 2-3). Pero ¿Sería sostenible la TP si las pruebas se hubieran centrado en conceptos como MESA o CHAQUETA, y especialmente si en vez de conceptos tan familiares se hubieran explorado otros como LECHUZA, DÁTIL, FUNICULAR, o CHILABA, o los de entidades abstractas?

En una investigación aún en curso descrita en Escribano et al. (2005) decidimos incluir una prueba de identificación de prototipos (PIP, en adelante) destinada a comprobar si la TP podía ser generalizada a todo tipo de conceptos, como debería ocurrir si es un principio universal de toda categorización, y concluimos que **no**, porque, según nuestra introspección, reforzada por análisis intersubjetivos, para la mayoría de los conceptos asociados a los lexemas del DRAE no teníamos prototipo, y nuestras preferencias intuitivas respecto a ciertos ejemplares, cuando los detectábamos, no resistían un análisis

reflexivo. Ante fotografías de objetos, sustancias, propiedades y eventos, incluso los muy familiares (y por ello casos favorables a la TP), unas veces (e.g., cafeteras, mesas) dudábamos al elegir el ejemplar más característico, o elegíamos conscientes de hacerlo por razones poco significativas y revisables, y, sobre todo, muchas otras (e.g., tiburones, lechugas, sextantes,...) éramos incapaces de reparar siquiera en las diferencias relevantes entre los ejemplares y no podíamos decir cuál era más típico, o si alguno era atípico y por qué. Simplemente, nos faltaba conocimiento fáctico sobre las categorías respectivas: nuestros 'conceptos' eran demasiado pobres.

En la medida en que eso ocurra, evidentemente, descarta la estructura prototipo/periferia como teoría **general** de los conceptos, y **debería** ocurrir masivamente, como nuestra intuición nos sugiere, porque para que los sujetos puedan generar prototipos es preciso que las categorías les sean suficientemente conocidas en cuanto a su composición, los atributos significativos de sus miembros, y los límites de variación pertinente de éstos, i.e., debe tratarse de cosas muy cotidianas, de interés para el sujeto, y cuyos atributos manifiesten valores variables lo bastante prominentes para atraer su atención. En la medida en que se trate de ítems poco interesantes, infrecuentes, o no experimentados directamente acaso nunca, el conocimiento de los sujetos medios (no expertos) es mínimo, como Putnam (1975) observó, aunque en su léxico mental figuren semi-vacuamente los términos que nombran las respectivas categorías. En ese caso, a duras penas distinguen la categoría de otras (e.g., un abedul de un tejo, una hiena de un lobo, un sextante de un astrolabio, un clarinete de un fagot,...), y son incapaces de distinguir el X típico del X a secas. De hecho, su conocimiento de X puede ser prácticamente nulo (e.g., pueden saber de los abedules sólo que son árboles, y del sextante que es un instrumento), en cuyo caso no pueden siquiera poner nombre a ejemplares muy típicos de la clase, y, si poseen el término en su léxico mental, no saben asignarle referente, cf. Putnam (1975) y Marconi (1997). En general, pues,

no podemos tener prototipos de todo lo que conceptualizamos porque sabemos demasiado poco, y, lógicamente, es implausible que los prototipos sean el germen de toda categorización o que puedan generarse para los conceptos efímeros.

La existencia de prototipos, en todo caso, es un problema empírico, y, en principio, hay modos de determinar qué es lo que un sujeto 'sabe', cuál es el contenido de su concepto de X, y si tiene o no un prototipo (o ha internalizado un estereotipo social) de X. Un diagnóstico fácil de aplicar (o auto-aplicarse), aunque laborioso, es el test del 'pero', cf. (1), donde X es una entidad que satisface un predicado P1 (e.g., *es un/a X*) y P2 es un segundo predicado.

- (1) X P1, pero (no) P2

Tras *pero*, un P2 típico de un X que satisfaga P1 da lugar a redundancia (*), mientras que su negación produce una oración informativa (y si P2 es atípico de un X que satisfaga P1 ocurre al revés: afirmado tras *pero* resulta informativo, mientras que negado genera redundancia); en cambio, si P2 es constitutivo de todo X que satisfaga P1, tras *pero* genera redundancia (*), y negado produce inconsistencia (**). En (2), (3), y (4) me he auto-aplicado el test del *pero* para un par de atributos de tres conceptos, de un individuo, una propiedad, y una acción, respectivamente, a modo de ilustración de su funcionamiento.

- (2) a. Es un coche, pero *tiene ruedas.
b. Es un coche, pero no tiene ruedas.
c. Es un coche, pero *es un vehículo.
d. Es un coche, pero **no es un vehículo.
- (3) a. Es rojo, pero *como la sangre.
b. Es rojo, pero no como la sangre.

- c. Es rojo, pero *tiene color.
d. Es rojo, pero **no tiene color.
- (4) a. Fuma, pero *traga el humo.
b. Fuma, pero no traga el humo.
c. Fuma, pero *inspira.
d. Fuma, pero **no inspira.

Naturalmente, a mí (2a) me resulta redundante porque en mi concepto de COCHE figura la propiedad de tener ruedas como una propiedad típica. Sin embargo, como acepto (2b), tener ruedas, no es para mí una propiedad constitutiva de COCHE, porque si lo fuera tendría que rechazar (2b) como incoherente; como (2b) me parece coherente e informativa, no tener ruedas no descalifica a un ítem como miembro de la clase de los coches que responde a mi concepto, sólo lo hace atípico; por tanto, el atributo CON RUEDAS es uno de los que puede generar variación significativa y efectos de prototipicidad respecto a mi concepto de COCHE.¹¹ Un coche con tracción tipo oruga, o que se desplazase sobre un colchón de aire, por ejemplo, sería atípico para mí, pero podría ser un coche. Finalmente, según mi intuición,

11 Un atributo como el color, la potencia, la longitud, el combustible requerido, el tapizado, etc., en cambio, no puede generar variación significativa ni constituir parte del posible prototipo de COCHE, porque afirmarlo o negarlo contrastivamente no da lugar a ningún cambio de status en la expresión, cf. *Es un coche, pero es negro*, vs. *Es un coche pero no es negro*; no puede ser más típico un coche negro que uno de cualquier otro color, aunque, por supuesto, el color podría ser un atributo relevante de **cierto tipo** de coches, e.g., el rojo, de los coches de bomberos, cf. *?Es un coche de bomberos, pero es rojo* vs. *Es un coche de bomberos, pero no es rojo*. El hecho, aparentemente contradictorio, de que un sujeto podría elegir un coche de cierto color frente a los de otros colores como su ejemplar preferido de COCHE indica que los efectos de prototipicidad tienen una etiología mucho más amplia que la estructura de los conceptos, cf. Lakoff (1987) y Geeraerts (2006e).

(2c) es anómala, por redundante, y (2d) es inconsistente, lo que me indica que VEHÍCULO es un atributo constitutivo de mi concepto de COCHE y que si algo no es un 'vehículo', para mí, tampoco puede ser un 'coche'. El mismo razonamiento se aplica a los casos (3) y (4). Por supuesto, una exploración completa de mi concepto de COCHE revelaría muchos más atributos que en él pueden generar variación significativa y sustentar efectos de prototipicidad, así como muchos perfectamente irrelevantes, pero no puedo permitirme tal cosa aquí. También he elegido como ilustración parcial casos muy fáciles. En cuanto sometiera a escrutinio mis conceptos de cosas menos conocidas (e.g., TILO, IGUANA), juzgar el status de las proposiciones de tipo *P1 pero (no) P2* me resultaría más difícil, la diferencia entre lo meramente típico (pero relevante) y lo constitutivo sería más problemática, y emergerían discrepancias entre mi concepto, o prototipo, en su caso, y el estereotipo social, los conceptos de otros sujetos, o el conocimiento científico, por razones que Wittgenstein, Quine y Putnam han hecho familiares.

Determinar el contenido de nuestros conceptos (y prototipos, cuando los tenemos), es un tema apasionante, pero no pretendo abordarlo aquí. Únicamente me interesa señalar que una gran parte de los conceptos que construimos y hasta nombramos no contienen información en el grado necesario para que generemos prototipos. De hecho, si siempre que conceptualizáramos tuviéramos que disponer de un prototipo, deberíamos tener un conocimiento enciclopédico impensable en un ser humano. Afortunadamente, eso no es necesario, ni en la categorización, ni en el Lenguaje; al contrario, la categorización puede ser (y permanecer largo tiempo) muy sumaria, y, por supuesto, la 'ventaja' del Lenguaje es que permite la 'división del trabajo' de Putnam, i.e., que los hablantes usen términos de cuya intensión y extensión tienen sólo una idea muy vaga, cf. Marconi (1997). Es lo que ocurre, por razones obvias, con los conceptos/términos técnicos (científicos, artísticos, de oficios,...), pero también con los 'básicos' en cuanto se sale de las cosas más cotidianas. El

sujeto medio no sabe apenas nada de los abedules, el trigo, el cuarzo, los mosquitos, el hígado, el fagot, o el bolero,..., y desde luego no puede distinguir un ejemplar típico de cualquier otro ejemplar. Por eso no es creíble que disponga de prototipos ni siquiera para conceptos como esos. En general, el nivel de categorización 'básico' no corresponde a categorías que puedan ser suficientemente 'conocidas' por ningún sujeto individual en el sentido citado, sino a clases demasiado extensas y diversas en los detalles (e.g., abedules, boleros, chaquetas, helechos, mosquitos, sillas,...) de las que el sujeto conoce acaso unos pocos miembros espacio-temporalmente cercanos y en cuyos atributos puede no reparar siquiera, ni saber distinguirlos de otros cuyo valor es categorialmente irrelevante.

Por eso, no cabe esperar que los conceptos que (supuestamente) corresponden a los lexemas sean, en general, estructuras con prototipo. A eso se añade que, en el caso de los conceptos técnicos (e.g., aminoácido, bacteria, fuga, gramínea, integral, palimpsesto,...), obviamente, sólo los expertos pueden disponer, si acaso, de ellos, y en cuanto a las categorías/términos no básicos obtenidos recursivamente y a menudo efímeros, cf. 'sillón de fraile castellano del siglo XVI', o 'vino tinto de Rioja Cabernet Sauvignon de 2004', sólo hablantes en circunstancias muy especiales pueden llegar a construir prototipos; en general, los sujetos normales no tenemos prototipos para ninguno de esos tipos de conceptos. Para cosas muy familiares un sujeto **puede** desarrollarlos, pero la cuestión aquí es que eso **no** es generalizable a **todos** los conceptos (ni a todos los sujetos). Hay buenas razones, pues, para suponer que los conceptos con prototipo sólo pueden ser una minoría, y la excepción, más que la regla, y para cuestionar la generalidad de la TP en cuanto teoría cognitiva.

Eso no impide que se observen 'efectos de prototipicidad' para conceptos de los que el sujeto sólo tiene una información mínima y que, bajo un análisis reflexivo, carecen de prototipo. Un hecho significativo es que se han registrado tales efectos para

conceptos que, lógicamente, han de tener una estructura discreta (e.g. número par/impar, triángulo, cuadrado), cf. Armstrong et al. (1983), y pueden registrarse para otros de los que el atributo 'típico' ni siquiera es predicable, cf. 3 *infra*. Este hecho, aparentemente contrario a la conclusión precedente respecto al carácter excepcional de los prototipos, sólo es paradójico si se ignora que incluso atributos categorialmente irrelevantes (e.g., el color de los automóviles) pueden sustentar efectos de prototipicidad, y que las respuestas intuitivas de los sujetos difieren mucho de los análisis que hacen si reflexionan. Es cierto que si se les presentan ejemplares y se insiste en que elijan **el** que les parezca más representativo (obsérvese la presuposición de existencia en ese 'el'), mayoritariamente acaban eligiendo uno, el más frecuente en su propia experiencia, el que coincide con el estereotipo social, o uno que les resulta más entrañable por alguna razón, y ese hecho ha animado a los defensores de la semántica de prototipos a generalizar de unos pocos estudios de caso favorables al conjunto de los conceptos. En nuestra PIP también ocurrió así: en el 74% de los casos, los sujetos se decidieron por una de las imágenes, pero porque, como Rosch, les instamos a elegir sin razonar su elección. Sin embargo, puesto que se trata de analizar los **conceptos**, no los recuerdos, ni los reflejos condicionados, en el fondo no hay razón para desaprovechar las intuiciones de los sujetos y su capacidad de análisis, subjetivo e intersubjetivo, cf. Wierzbicka (1985: 19, 42-43), cuando les sugieren que ningún ejemplar es 'mejor' que los demás, o que una propiedad P no lo es del X típico, sino de X en general, o que P, simplemente, no es relevante y debe ser ignorada.

Tras un mínimo análisis introspectivo, y más si es sistemático (e.g., mediante el test del *pero*) y va seguido de control intersubjetivo, los juicios intuitivos en cuanto a qué ejemplares son más y menos característicos suelen quedar en entredicho. En nuestra propia experiencia reciente al diseñar la PIP, para muchos conceptos lexicalizados, mis colaboradores y yo no encontrábamos posible, siquiera, que unos ejemplares fueran más

típicos que otros, lo que nos llevó a descartar casi todo el léxico del DRAE y dejar, aún con serias dudas, sólo ciento cincuenta términos, ‘a ver qué pasaba’.

En mi propio caso, si me fiaba de mi introspección,¹² resultaba que tendría prototipos, o, más bien, estereotipos internalizados, sólo para una exigua minoría de conceptos, e.g., los de ciertos tipos étnicos (e.g., el alemán, el español, el inglés, el italiano, el japonés, el judío, el yanqui,...pero no el australiano, el belga, el chileno, el griego, el húngaro, el ruso, el serbio, el suizo,...), algunos profesionales (e.g., el cocinero, el ejecutivo, el guardaespaldas, el mayordomo,... pero no el dependiente/a, electricista, fontanero, mecánico, peluquero/a, sastre,...), ciertos tipos de persona(lidad) (e.g., el bufón, el/la divorciado/a, el empollón, la feminista, la lolita, el ligón, el progre, el señorito, el trepa, la vampiresa, el yuppy...), algunas ceremonias (e.g., la boda, el bautizo, el funeral), ... Tengo, pues, ‘prototipos’ de algunas categorías ‘culturales’. En cambio no los tengo de casi ninguna categoría ‘natural’, ni siquiera de animales superiores (e.g., caballo, gato, perro, lobo,...), ni, por supuesto, de animales menos interesantes (e.g., araña, gusano, piojo,...), ni de árboles o plantas, ni de minerales, ni de accidentes geográficos (e.g., cabo, lago, montaña, río,...), ni de conceptos anatómicos elementales (fémur, bazo, meñique,...). En resumen, introspectivamente me faltan prototipos de infinidad de entidades concretas cotidianas, por no hablar de las entidades abstractas (abuso, bien, cambio, destino, fallo, lujo, miedo, problema, rencor, sospecha, truco, virtud...), de las que me resulta imposible pensar siquiera en un ejemplar prototípico.

12 Aunque, en general, Geeraerts es cauto respecto al método introspectivo de Wierzbicka, cf. Geeraerts (2006d: 423-424), reconoce (2006e: 37-38, 40) que los prototipos, precisamente, **son** accesibles a la introspección, y si insiste en el análisis empírico del uso mediante corpora es porque no es tan obvio que los significados periféricos también lo sean. Así pues, que, bajo introspección y control intersubjetivo por parte de otros sujetos no emerjan prototipos es muy significativo; sugiere que no los hay.

En cuanto a las propiedades, había poquísimas para las que, tras un mínimo análisis, reconociera manifestaciones mejores que otras. En algún caso, la preferencia por un ejemplar era definicional, en el fondo, e.g., por razones etimológicas veía más 'trenzado' un trenzado de tres hilos que uno de dos o más de tres, y en algún otro quizá interfería una falsa etimología, e.g., me parecía más 'bizco' uno con los dos ojos torcidos hacia adentro que con uno solo, pero, en general, no podía jerarquizar las manifestaciones. También me resultaba casi siempre arbitrario jerarquizar los ejemplares de eventos (incluso los de actos o actividades). En algún caso intuía un prototipo claro, e.g., el de zambullirse (= de cabeza, y no de pie, ni hecho un ovillo), pero tras reflexionar sospechaba que 'tirarse al agua de pie' o 'hecho un ovillo' ya no es 'zambullirse', y por tanto no había variación prototípica, sino conceptos distintos. Tampoco conseguía pensar en 'escribir' ante todo como escribir a mano (y no con teclado), ni en 'pescar' como pescar con caña (en vez de con red), ni en 'nadar' como nadar a crawl (y no a braza), ni en 'remar' especialmente con dos remos (y no con uno, a dos manos), ni en 'fumar' como fumar cigarrillos (y no habanos, o en pipa), ni en 'afeitarse' como afeitarse con cuchilla (y no con afeitadora eléctrica), etc. Sin embargo, cito casos para los que, luego, las respuestas no reflexivas de los sujetos en nuestra PIP generarían efectos de prototipicidad claros.

En resumen: si bien es posible suscitar experimentalmente efectos de prototipicidad para un número considerable de conceptos, induciendo a los sujetos a elegir intuitivamente el ejemplar más frecuente, entrañable, o prominente, esas respuestas pueden estar condicionadas por información heterogénea anexa a lo conceptual (percepciones, imágenes, emociones, estereotipos...) y por factores contextuales, cf. Lakoff (1987; 1999), Cruse (1990: 386), y el hecho de que, en muchos casos, los propios sujetos cancelen sus respuestas en cuanto reflexionan, sobre todo si es con otros sujetos, sugiere que no son aspectos esenciales de la estructura conceptual. Lo que la introspección y la lógica

sugieren, pues, es que hay ciertos conceptos para los que algunos hablantes disponen de prototipos o estereotipos internalizados, pero son la excepción, y, siendo así, la TP no debería jugar el papel que juega en la teoría de los conceptos, como anticipábamos en la sección 1.

3. La TP y el uso del predicado 'típico'

En la sección 2 he cuestionado la TP en cuanto teoría general de los conceptos utilizando un argumento a la vez lógico, i.e., que generar prototipos intrínsecamente requiere un conocimiento de las categorías, sus miembros, sus atributos, y el ámbito de variación de éstos, que sólo tenemos para un escaso número de conceptos, y fáctico, que, para la mayoría de los conceptos básicos, por lo pronto, tras un análisis racional introspectivo e intersubjetivo, los sujetos no reconocemos un prototipo claro. En el plano del Lenguaje, paralelamente, las piezas léxicas no suelen corresponder a categorías 'bien conocidas' por el hablante medio; al contrario, aluden a categorías genéricas (cf. 'libro', 'mujer', 'árbol', 'problema',...) que no conoce bien, por lo que, según nuestra hipótesis, no cabe esperar que haya prototipos. Sin embargo, **debe ser así** para que, tanto el Lenguaje como la categorización, puedan funcionar en contextos y con sujetos/hablantes tan distintos. Hay razones de 'economía', pues, por las que las unidades léxicas tampoco obedecen a la TP.¹³ Naturalmente, si las distinciones son de gran interés, el Léxico puede incluir hipónimos (*coche* > *cupé*, *berlina*,...) que corresponden a categorías extensionales más restringidas y asequibles al sujeto y de las que

13 Los defensores de la TP, e.g., Rosch (1999[1978]), Taylor (1995), Geeraerts (2006e: 42-43) suelen invocar, en cambio, la versatilidad de las palabras como argumento funcional en favor de su estructura intensional y extensional radial, pero el argumento es débil, porque las palabras pueden ser versátiles sin prototipo + periferia, e.g., si el Lenguaje opera a un nivel más abstracto que el uso y en el uso rigen los principios de 'caridad' o 'tolerancia' (Davidson) y la 'división del trabajo' (Putnam).

éste puede generar prototipos con más facilidad, pero aunque no haya hipónimos y los lexemas disponibles resulten imprecisos, no importa, porque el Lenguaje tiene mecanismos sintácticos (la modificación) para añadir a un lexema los predicados necesarios para generar el sentido (y aludir al concepto/objeto) que haga falta, cf. Lehrer (1990: 370). Por ejemplo, *sillón* o *traje*, lexemas básicos, son imprecisos, pero *sillón de dentista (orejero, frailer)*, y *traje de luces (de novia, de buzo)* etc. ya lo son mucho menos, y cabe añadirles más modificadores. Hasta cierto punto, a medida que los sentidos son restringidos por medios sintácticos, corresponden a categorías extensionales más aseguibles, y se hacen, por ello, intrínsecamente más compatibles con posibles prototipos en el plano conceptual (cf. *el sillón de dentista típico*, *el traje de luces típico*), al menos para ciertos hablantes; sin embargo, cuanto más rico es un sentido, más información presupone en el concepto asociado, y menos hablantes habrán podido generar un prototipo. En suma: los hablantes poseen prototipos pocas veces, y la TP tiene una crucial, cuantiosa, y perversa excepción que ha de explicar: no suele haber prototipos para los conceptos asociables a las unidades léxicas.

En apoyo de esa conclusión tan heterodoxa puede esgrimirse un argumento intralingüístico muy sencillo, i.e., que la aplicación del predicado *típico* a un lexema en muchos casos genera sentidos incoherentes, pleonásticos, o ininterpretables para los hablantes. Para observar ese hecho en lo que respecta a los sentidos nominales basta comprobar el status de las expresiones que tienen la forma de (5) con distintos nombres o grupos nominales en lugar de X.

(5) el(/la/los/las) X típico(/a/os/as)

Nótese que el SN *el típico X* no sirve para los propósitos de este test, pues puede significar simplemente 'el X que suele haber en la circunstancia C' y entonces *típico* no alude a las cualidades que hacen a un X representativo de su clase, sino a la frecuencia de

los X en las circunstancias invocadas. Por ejemplo, si el hablante H1 dice *¿Qué te han regalado?* y el hablante H2 le contesta *La típica corbata*, o alguien dice *Fui a su ático y tenía el típico piano de cola de los nuevos ricos*, *típico* ahí ‘cuantifica’ (dice que la corbata es el regalo esperable en las circunstancias, o que hay un piano de cola en todas las casas de nuevos ricos) pero no aporta nada más sobre las características de la corbata, el piano, etc.

Dado el sentido de *típico* (DRAE: ‘característico o representativo de un tipo’) lo que hace relevante el marco (5) y sustenta el test es, obviamente, que si una categoría se manifiesta en variantes típicas y atípicas su nombre podrá sustituir a X en (5) como argumento (sujeto) de *típico* y resultará una expresión coherente, composicionalmente interpretable a partir de los sentidos de X y *típico*, y utilizable con predicados distintos de los que convienen a *el X* a secas, mientras que si X no tiene estructura radial (o no la tiene para un hablante) utilizarlo como sujeto del predicado *típico* generará sentidos incoherentes o ininterpretables (en general, o para el sujeto individual) o *típico* será pleonástico, i.e., no será computado, de suerte que *el X típico* significará lo mismo que *el X* y los predicados aplicables a *el X típico* serán los mismos que satisfaga *el X* a secas. Si, para ciertos valores de X, *el X típico* resulta incoherente, un prototipo no es siquiera lógicamente posible, y el sentido de X constituye una excepción a la TP en cuanto teoría semántica general; si, al contrario, *el X típico* resulta coherente y composicionalmente interpretable, pero sólo para algunos hablantes privilegiados, esos tendrían un prototipo, pero los demás no, y también constituirían un argumento contra la TP. Ambos tipos de evidencia sugerirían, en suma, que la existencia de prototipos no es generalizable a todos los conceptos ni a todos los sujetos.

El sencillo test propuesto encierra, no obstante, la dificultad de que *típico* es inherentemente relacional y remite a un referente, que puede expresarse como un complemento con *de* (e.g., *típico de Juan/de la casa/de Asturias/de los años 80*, etc.) o, si hay un co-

texto/contexto apropiado, ser omitido. Ello altera el resultado porque, por esa vía, *típico* invoca información potencialmente muy rica que incrementaría la intensión de X haciendo su sentido más preciso, su extensión menor y más accesible, al menos para algunos hablantes, y la existencia de un prototipo posible, con lo que *el X típico* resultaría aceptable. Por tanto, al menos inicialmente, conviene neutralizar el contexto, i.e., omitir el complemento e impedir que el argumento tácito de *típico* active y añada información a la intensión de X. Para ello, un primer paso es usar el marco (5) en una pregunta como (6).

- (6) Dado un X, ¿Es aceptable **fuera de contexto** la frase *el/la X típico/a*?

Con esa formulación, el test aparentemente comprueba qué sentidos nominales son compatibles con el predicado *típico* a secas (y qué conceptos aludidos podrían tener prototipo), pero, como ha de ser aplicado a individuos, en realidad pregunta 'Es aceptable para Ud...?' Por tanto, *típico* aún puede activar información adicional, i.e., el contenido del estado mental del informante en ese momento, incluyendo todo su conocimiento enciclopédico y acaso de experto, lo que puede llevar al hablante a aceptar *el X típico* mientras que otros lo rechazarían. Un modo sencillo de neutralizar el factor de información individual de carácter extralingüístico es usar (6) simultáneamente con grupos de hablantes suficientemente heterogéneos, lo que nos permite aproximarnos a la 'competencia' que socialmente se espera de un hablante adulto en cuanto tal (conocimiento de estereotipos, según Putnam), al margen del conocimiento experto que pueda poseer. Lógicamente, si los sujetos presentes son hablantes competentes, nos basta con que uno responda negativamente a (6) para detectar una posible excepción a la TP: el sujeto que objete no tendrá asociado a X un prototipo del concepto correspondiente.

Veamos, pues, cómo funciona el test y qué puede ocurrir. Por ejemplo, *pizza* es uno de los valores de X que parece compatible con el predicado *típica* y con posibles prototipos de los hablantes. La frase *la pizza típica* es coherente y puede ser utilizada en contextos universales, e.g. en *La pizza típica lleva queso*, que, para los que saben de pizzas, es una oración verdadera. *La pizza lleva queso*, por el contrario, es falsa en su interpretación universal, puesto que hay pizzas sin queso, aunque el hablante puede **no** saberlo. En ese caso daría por verdadera *La pizza (típica) lleva queso*, con o sin el adjetivo, y sin embargo éste debería resultarle redundante, en la medida en que no es consciente de la heterogeneidad de la categoría respecto al atributo CON/SIN QUESO. Si no ocurre así es porque erróneamente computa *pizza típica* como un caso particular de *pizza*, o porque el adjetivo *típico* no le añade nada y decide ignorarlo (i.e., no lo computa composicionalmente). Ese hablante, pues, no dispone del conocimiento necesario para oponer 'la pizza típica' a 'la pizza' a secas y no tiene sentido decir que posee un prototipo, salvo que se acepte que su prototipo no se diferencia de su concepto, con idéntico resultado. En contextos existenciales (= no universales), en cambio, significativamente, *la pizza típica* es ininterpretable, porque no hay ninguna clase concreta de pizza que pueda ser descrita en esos términos. Si un cliente entrase en una pizzería y solicitase 'la pizza típica', el camarero no sabría qué pizza darle. El problema es que *pizza* es un término básico, y, como se decía, los términos básicos aluden a clases demasiado extensas y en general no bien conocidas, que no permiten la génesis de prototipos. Sin embargo, *la pizza típica* presupone la existencia de un prototipo, y en ese contexto específico el camarero no puede ignorar el adjetivo impunemente; en consecuencia, *la pizza típica* no le resulta interpretable y lo manifiesta quedándose perplejo, preguntando al cliente, etc.

Si en vez de *típica* el cliente hubiera dicho *típica de la casa*, el empleado tendría más posibilidades de satisfacerle (suponiendo que hubiera una y sólo una pizza típica de la casa) y consideraría la expresión aceptable, pero naturalmente la tal 'pizza típica de

la casa' bien podría ser muy 'atípica'. Si, en cambio, el cliente pidiera 'la pizza frutti di mare (napolitana, etc.) típica' el camarero probablemente ignoraría lo de 'típica' y le serviría al cliente 'pizza frutti di mare' sin más (i.e., trataría *típica* como un predicado vacuo), aunque también podría ocurrir que no ignorase el adjetivo y se quedara perplejo, o incluso preguntara: '¿Qué quiere decir con 'típico'? Pizza frutti di mare, no hacemos más que una, señor'. Sólo un cliente o un camarero muy expertos y puntillosos en pizzas frutti di mare interpretarían composicionalmente el adjetivo, y de ellos cabría decir que poseen un prototipo del concepto PIZZA FRUTTI DI MARE. La mayoría de los hablantes, sin embargo, seguramente no lo tienen, aunque, naturalmente, al Lenguaje eso no le afecta en absoluto: el mecanismo de cómputo de los sentidos ignora los prototipos, cf. Lehrer (1990: 373-374).

En resumen, para que de un X pueda predicarse no-vacuamente *típico* fuera de contexto ante un grupo de hablantes heterogéneo sin generar una infracción Griceana, X debe aludir a una clase suficientemente restringida como para ser bien conocida por cualquiera de los presentes. Un lexema como *pizza* no cumple esa condición; en general, no puede esperarse de los sujetos que conozcan bien tal categoría, y la expresión *la pizza típica* sólo es aceptable en uso universal, cuando *típica* no pretende facilitar la identificación de ningún tipo concreto de ejemplar y los oyentes pueden ignorarlo. Si, al contrario, no pueden ignorarlo, *la pizza típica* resulta inaceptable. Si, por otra parte, X no es un término básico, sino un hipónimo, o contiene modificadores (*pizza frutti di mare*), corresponderá a una clase mucho más restringida que es probable que al menos algunos hablantes conozcan bien. Por eso los hipónimos (léxicos o sintácticos) 'suenan mejor' a priori como sujetos de *típico*, pero en esos casos sólo hablantes expertos (en pizzas, en este caso) podrán interpretar *típico* composicionalmente; para los demás, el adjetivo es pleonástico o el SN alude a una categoría desconocida. En otras palabras, la expresión *el X típico*, si es aceptable, indica existencia de un prototipo a condición de que el adjetivo sea efectivamente

computado, lo que, para muchos X, ocurre sólo con una pequeña fracción de los usos/hablantes.

Si *el X típico* corresponde o no a un prototipo depende, pues, del saber enciclopédico de cada sujeto. Expresiones como *el abeto típico, el pepino típico, el iceberg típico, el chip típico, el linfoma típico, el leucocito típico, el tornado típico*, etc. son coherentes, y resulta creíble que haya abetos, icebergs, leucocitos y tornados típicos y atípicos, y que al menos ciertos sujetos sepan distinguirlos. Cuando es así, y un sujeto verdaderamente tiene un prototipo de X, puede atribuir al *X típico* predicados que lo distinguen de los X, en general, e.g., es capaz de completar expresiones como (7) con un número significativo de predicados/proposiciones informativas.

- (7) a. El X típico _____, pero hay X(s) que no _____.
b. X es un X atípico porque _____.

En mi caso, por desgracia, para abeto, pepino, iceberg, linfoma, etc., no es así; por tanto, de esos conceptos no tengo prototipos, y aunque, fiándome de Putnam, daría respetuosamente por buenas expresiones como *el abeto típico* si las oyera, no podría computar el adjetivo, y *motu proprio* nunca las usaría, por esa razón.

La expresión *el X típico*, usada fuera de contexto ante un grupo de hablantes puede resultar inaceptable por varias razones que conviene distinguir; como mínimo las de (8):

- (8) a) porque X es único, cf. (9);
b) porque X no puede variar en nada relevante sin dejar de ser X, cf. (10);
c) porque, al contrario, los X se manifiestan en distintas variantes y no es aceptable referirse al 'X típico' sin más, cf. (11); o
d) porque es técnica o presupone una capacidad de distinguir entre X típicos y atípicos que los hablantes en general no poseen, cf. (12).

- (9) *el universo/ser/vacío,...típico
- (10) *el círculo/cuadrado,... típico
- (11) ? el desayuno/árbol/regalo/clima/problema,... típico
- (12) % el urogallo/cuarzo/trigo/gen/linfoma/contrapunto,...
típico

Efectivamente, en (9) el universo, el ser, o el vacío son categorías tan extensas/únicas que no cabe concebir ejemplares adicionales típicos o atípicos de ninguna, y por tanto, con tales valores en X, *el X típico* resulta incoherente (*). En (10), los sentidos son rígidos; los círculos, cuadrados, etc., sólo pueden variar irrelevantemente (en color, tamaño, material, etc.) y ninguno de los ejemplares resultantes puede pasar por típico por esas razones, como indica el test del *pero* (cf. *Es un círculo pero es blanco; Es un círculo pero no es blanco*; obsérvese que ninguna de las dos es anómala), lo que hace que esas frases también sean incoherentes. Expresiones como (11) son coherentes, pero ininterpretables (?) fuera de contexto, porque no puede haber un desayuno, un árbol, o un regalo típico a secas, aunque sí desayunos, árboles y regalos típicos de lugares, tiempos, etc. específicos (cf. *el desayuno inglés/americano/continental típico*). Finalmente, en (12) *el urogallo /cuarzo/...contrapunto típico* no significan para el hablante no experto ni más ni menos que *el urogallo, el cuarzo,...o el contrapunto*, si es que a esos términos asocia conceptos no vacuos; sólo el zoólogo, geólogo, botánico, biólogo, cirujano, músico, etc. saben quizá qué implica *típico* en cada caso. Por tanto, esas expresiones son 'técnicas' (%), y podrían ser cuestionadas si se aplicara el test (6) ante un grupo de hablantes heterogéneo.

Por supuesto, que expresiones como (11) resulten insolubles para el oyente fuera de contexto no significa que ante imágenes o descripciones precisas de desayunos, árboles, regalos, etc., los

sujetos no puedan juzgar, y hasta coincidir mucho, en cuanto a qué ejemplares les parecen más y menos típicos, pero ello se debe a que en tales situaciones siempre estaría activo un contexto individual y cultural que suministraría por defecto atributos adicionales (cf. Cruse 1990). Cuando los estímulos son ejemplares reales o imágenes fotográficas, caso de nuestra PIP, contienen mucha información que no es parte del concepto (ni del sentido, aunque pueda ser expresada lingüísticamente mediante modificadores), y esos estímulos adicionales pueden suscitar reacciones de preferencia en los sujetos; pero en ese caso son los ejemplares concretos, o sus imágenes, lo que desencadena efectos de tipicidad; los conceptos (y los sentidos) asociados a la mayoría de los lexemas, al contrario, no los permiten, o, si pertenecen a nomenclaturas técnicas (e.g., *%el linfoma/cromosoma/aminoácido típico*), los permiten sólo en sujetos con conocimiento experto (y competencia lingüística potenciada por él).

Como X es sustituible por cualquier nombre o frase nominal, no es posible aplicar el test sistemáticamente, pero, dada la rotundidad de la TP cognitivista (según la cual, recuérdese, los significados son conceptos, y los conceptos siempre implican prototipos), no hace falta hacerlo. Una aplicación ilustrativa basta para probar que los prototipos no pueden tener el alcance que se les pretende dar, en parte porque los sentidos ni siquiera lo permiten. Me limitaré, pues, a aplicar el test a algunos nombres representativos y a explorar las consecuencias de añadirles simplemente un modificador (e.g., *gato vs. gato siamés, casa vs. casa ibicenca*). Como se verá, el comportamiento de *pizza(frutti di mare)* analizado antes a título de ejemplo no es un caso aislado; en general, los sintemas nominales derivados resultan mucho más aceptables como argumentos de *típico* que los nombres a secas, lo cual tiene sentido dada la explicación que hemos propuesto, pero no si se asume la TP como teoría general; en ese caso es un hecho inesperado que cuestiona su solvencia en su mismo núcleo, las categorías lexicalizadas.

Pues bien, la **mayoría** del léxico nominal más cotidiano no pasa el test (6) por alguna de las razones distinguidas en (8), cf. e.g. ?*el arte típico*, ?*el barco típico*, ?*el clima típico*, ?*la comida típica*, ?*el dedo típico*, ?*el empleo típico*, ?*el fin típico*, ?*el gesto típico*, ?*el hijo típico*, ?*el jamón típico*, ?*el kit típico*, ?*el limón típico*, ?*el mar típico*, ?*el nabo típico*, ?*el óxido típico*, ? *el país típico*, ?*el queso típico*, ?*el reloj típico*, ?*el sol típico*, ?*el tilo típico*, ?*el uso típico*, ?*el vapor típico*, ?*la zarzuela típica*, etc.

Aún más, si se intenta añadir *típico* sistemáticamente a los lexemas de cualquier jerarquía léxica, sólo da resultados aceptables (en el sentido relevante aquí) con ciertos lexemas o sintemas ya muy específicos, como predecíamos. Por ejemplo, en una jerarquía (parcial) como... *animal* > *vertebrado* > *mamífero* > *felino* > *gato* > *gato siamés*... **animal típico*, **vertebrado típico*, **mamífero típico*, **felino típico*, y **gato típico* resultan frases ininterpretables para el hablante medio, con propiedades intensionales y extensionales indistinguibles de las de *animal*, *vertebrado*, *mamífero*, *felino*, y *gato* a secas. Obsérvese que incluso el lexema básico *gato* resulta demasiado vago como sujeto de *típico* (¿Cuál/Cómo es el gato típico?), lo que confirma nuestro análisis. Significativamente, su hiperónimo *felino* es perfectamente aceptable con *típico* si va precedido de *un*, cf. (13a), pero cuestionable si va precedido de *el*, sea como predicado, cf. (13b), o como sujeto, cf. (13c) vs. (13d), y la razón es evidente: los hablantes no se atreven a afirmar/asentir a que 'el felino típico' sea el tigre, la pantera, el puma, el leopardo, el lince, o el gato doméstico, porque, si lo piensan, no poseen un prototipo justificable de FELINO.

- (13) a. El leopardo es **un** felino típico.
 b. ?El leopardo/tigre/puma/lince/gato doméstico es **el** felino típico.
 c. ?**El** felino típico es el leopardo/tigre/puma/lince/gato doméstico.
 d. **Un** felino típico es el leopardo/tigre/puma/ lince/gato doméstico.

Como predice nuestro análisis, el predicado *típico* puede usarse con más éxito, en cambio, con los hipónimos de *gato* (igual para *perro*, *caballo*, etc.), cf. (14), aunque, como sabemos, ello no implica que los hablantes individuales efectivamente posean prototipo y la información enciclopédica requerida para computar composicionalmente el sentido de *el X típico*; obviamente, si no la tienen, *típico* será pleonástico y la clase aludida no será distinguible de las mentadas por *el perro dálmata*, *el caballo árabe*, etc.

- (14) a. El gato negro/siamés/de angora/persa/abisinio típico
b. El perro dálmata/caniche/ pekinés/ setter/ chihuahua típico.
c. El caballo árabe/andaluz/asturcón típico

Los nombres de (15), en consecuencia, tampoco satisfacen el test de (6), mientras que sus respectivos hipónimos en (16) en principio ‘suenan’ mucho mejor ante *típico* (con las mismas reservas en cuanto a que la interpretación sea o no composicional, haya o no prototipo, etc.).

- (15) árbol, armario, bosque, ciudad, cuadro, cuerpo, explosión, herida, iglesia, jardín, médico, nariz, parque, río, sillón, tormenta, traje, valle, vaso,...
- (16) árbol de Navidad, armario de baño, bosque tropical, ciudad industrial, cuadro naif, cuerpo de atleta, explosión atómica, herida de bala, iglesia románica, jardín japonés, médico de familia, nariz griega, parque inglés, río de montaña, sillón de dentista, tormenta de verano, traje de novia, valle alpino, vaso de sidra, ... etc.

Así pues, el fenómeno es sistemático: en general puede usarse *típico* con naturalidad sólo con sentidos que contienen especificaciones intensionales opcionales, *grosso modo* con nombres 'modificados' o hipónimos equivalentes, pero no con los términos básicos, ni con sus hiperónimos, lo que, en principio, no tiene explicación bajo la TP. Es cierto que *típico* también resulta natural con ciertos lexemas (aparentemente) sin modificar (cf. *el alemán típico* y los demás casos citados en el apartado 2), pero no se trata de verdaderas excepciones, sino de que esos nombres activan estereotipos que, por defecto, añaden numerosos atributos en absoluto deducibles del sentido del lexema, e.g., *alemán* = alemán + [alto, rubio, ojos azules, enérgico, serio, disciplinado, etc.].

El test (6) que hemos estado utilizando, naturalmente, descansa en una estructura sintáctica especialmente pensada para el caso de los nombres. Aunque ya ha cumplido su objetivo de cuestionar la generalidad de la TP, convendría encontrar un test similar para comprobar si con los adjetivos y verbos rige el mismo principio. Para los adjetivos, por ejemplo, podría comprobarse el status de oraciones como (17), donde A es un adjetivo cuyo argumento es un SN, un infinitivo, o una cláusula subordinada (cf. *Lo típicamente asturiano es la fabada/comer fabada/beber sidra.../que se coma fabada/que se beba sidra...*).

- (17) a. Lo típicamente A es SN (/infinitivo).
b. SN es típicamente A.
c. SN es/está A, pero no es/está típicamente A.

Igual que *típico* resultaba ambiguo ante N (cf. *supra*), es necesario ignorar el posible uso cuantificacional de *típicamente* como adverbio de frecuencia, ya que en este caso debe preceder al adjetivo (cf. *Lo típicamente barato en EEUU es la comida/comer = Lo que suele ser barato en EEUU es la comida/comer*). Neutralizado ese obstáculo, el test da los resultados esperables: de *asturiano*,

como de *alemán, chino, judío*, etc. (tipos étnicos/culturales), *borracho, deprimido, mareado* (estados patológicos frecuentes), o *atlético, guapo, mulato, negro, rubia, sexy* y similares (atributos de aspecto humano), cabe predicar *típicamente*, en general, pero porque activan estereotipos, y lo mismo ocurre con los adjetivos que describen el carácter humano (*coqueta, competitivo, envidioso, mezquino, promiscuo*, etc.); en cambio *recto, cuadrado, exacto, falso, posible, redondo*, etc. no admiten variación significativa y no encajan en las posiciones de A en (17), como ocurre con la mayoría de los adjetivos (*barato, caro, fácil, grande, largo, llano, malo*, etc.). Por último, si se añade *típicamente* a *barroco, gótico, románico*, etc. (estilos artísticos), el sentido es coherente, pero sólo resultará composicionalmente interpretable para hablantes expertos.

Con los verbos, las especificaciones adicionales que facilitan el uso de *típico/típicamente* son aportadas por complementos o modificadores adverbiales, entre éstos principalmente los de modo, que pueden afectar directamente al verbo, pero también los de instrumento, lugar, tiempo y algunos otros. Por tanto, para determinar qué sentidos verbales admiten prototipicidad puede comprobarse el status de expresiones como (18a), donde X puede ser un hipónimo de V o bien V con un adverbial de modo, instrumento, etc. (e.g., *el modo típico de afeitarse/nadar/remar/zambullirse,... es con cuchilla/a crawl/a dos manos/de cabeza*), (18b), donde V es un infinitivo (cf. *eso es nadar, pero no es el modo típico de nadar*), o fórmulas trivialmente equivalentes, e.g., (18c, d, e), donde X es un SV, un SP, o un SAdv (cf. *normalmente, uno se afeita con cuchilla, lo normal es afeitarse con cuchilla, es normal afeitarse con cuchilla*, etc.). Si tales expresiones resultan utilizables en público sin ser cuestionadas, en principio son interpretables no vacuamente, y los sujetos presentes podrían tener prototipos. En caso contrario, de nuevo, veremos excepciones a la TP.

- (18) a. El modo típico de V es X.
 b. Eso es V, pero no es el modo típico de V.

- c. Normalmente (uno, un N, el N) (se) [V] X.
- d. Lo normal es [V] X.
- e. Es normal [infinitivo] X.

Aunque, por razones de espacio, no puedo extender aquí la aplicación del test a los verbos en un grado representativo, a título de ejemplo, *el modo típico de V* genera sentidos anómalos o ininterpretables para los verbos de (19), pero no para sus respectivos hipónimos en (20), lo que confirma nuestras conclusiones anteriores.

- (19) asar, bailar, comer, doblar, evadir, ganar, hacer, lavar, matar, etc.
- (20) asar un cordero, bailar el tango, comer spaghetti, doblar la servilleta, evadir impuestos, ganar tiempo, hacer la paella, lavar el coche, matar el cerdo, etc.

En resumen, con los retoques necesarios para hacer que las construcciones resulten naturales, el uso del entorno *el X típico* y ciertas variantes de él en tests como (6) o preguntas paralelas permite identificar lexemas, sintemas, o frases con/sin sentido susceptible de satisfacer fuera de contexto y para un grupo heterogéneo de hablantes el predicado *típico/típicamente*, y determinar las circunstancias en las que los hablantes podrían a priori tener prototipos para los conceptos respectivos, y es posible comprobar también si efectivamente los tienen aplicándoles el test del *pero* y la prueba (7).

El resultado, sin embargo, es que ciertos sentidos inherentemente rechazan el predicado *típico* (*típicamente*, etc.), generando contraejemplos directos a la TP, otros son compatibles con él, pero resultan ininterpretables en las condiciones estipuladas, lo que indica que no todos los hablantes tienen prototipos disponibles, especialmente en cuanto la intensidad aumenta e invoca

conocimiento específico, y, en fin, en muchos casos se producen sentidos 'técnicos' que hacen los prototipos asequibles sólo a hablantes expertos. En relación con el conjunto de los sentidos y de los hablantes, pues, la existencia de prototipos asociados a las expresiones es un hecho excepcional. Además, la existencia de prototipos es particularmente improbable precisamente para los conceptos asociados a los sentidos que se lexicalizan, una cuantiosa, inesperada, y aparentemente perversa excepción a la TP.

4. Resumen y conclusión

En 1, fiel al espíritu de la 'semántica estructural' y del programa 'internista' Chomskyano, he defendido una distinción clara entre usos, conceptos y significados, contra la opinión de la poderosa corriente conceptualista, y he sostenido que el papel que la semántica cognitiva da al concepto de prototipo es desproporcionado. En 2 he cuestionado la verosimilitud de la TP como teoría general de los conceptos, he propuesto un diagnóstico para identificar atributos susceptibles de generar variación relevante a ese respecto, y he sostenido que para la mayoría de los conceptos no podemos tener prototipos porque no sabemos bastante acerca de las categorías, aunque los tengamos para una minoría, sobre todo categorías 'culturales' con estereotipo. En 3 he señalado que hay razones funcionales por las que los lexemas deben corresponder a categorías amplias de las que, en general, los hablantes no pueden saber bastante para construir prototipos y he aplicado un test para explorar desde un ángulo inmanente el posible alcance de la TP, i.e., comprobar qué ocurre si *típico* (*/-amente*) es usado como predicado de nombres, adjetivos y verbos. La hipótesis subyacente es que cada vez que *el X típico* (*lo típicamente X, el modo típico de X, etc.*) resulten inaceptables (incoherentes/ininterpretables) o pleonásticas, el sentido (si hay incoherencia) o el uso de X (si hay vaguedad referencial o pleonasma) contradice la generalidad de la TP. Como la mayoría de los lexemas no satisface ese test, si la TP fuera correcta el español (entre otras lenguas) se habría 'equivocado' sistemáticamente

al lexicalizar el sentido, una conclusión improbable. Es lógico concluir, pues, alternativamente, que el Lenguaje no computa prototipos. En cuanto a los efectos de prototipicidad registrados en otros casos, el hecho de que el sujeto suele rechazar la existencia de prototipo si reflexiona sugiere que responden a estímulos heterogéneos (imágenes, recuerdos, sentimientos) ajenos a la estructura conceptual y al sentido lingüístico. Por tanto, si los prototipos son la excepción, la 'semántica de prototipos' hace de la excepción la regla, asume que el Lenguaje computa lo que no puede computar, y yerra al confundir bajo su 'significado enciclopédico' los sentidos, los conceptos (con sus anexos), y los usos. Aunque su interés por el significado léxico es encomiable y bienvenido tras el estancamiento de la semántica estructural y la reciente trivialización del programa internista Chomskyano, los análisis 'cognitivos' parten de supuestos erróneos y, desgraciadamente, no hacen sino postponer la verdadera investigación pendiente, como Saussure, Hjelmslev, Coseriu, Chomsky, y Katz percibieron hace ya décadas.

OBRAS CITADAS

Armstrong, Sharon L., Gleitman, Lila R. y Gleitman, Henry. 1983. What some concepts might not be. *Cognition* 13: 263-308.

Berlin, Brent y Kay, Paul. 1969. *Basic Color Terms*. Berkeley: University of California Press.

Chomsky, Noam. 1986. *Knowledge of Language*. New York: Praeger-Elsevier.

Chomsky, Noam. 1993. *Language and Thought*. London: Moyer Bell.

Chomsky, Noam. 1995. Categories and transformations. En Noam Chomsky, *The Minimalist Program*. 219-394. Cambridge, MA: MIT Press.

Chomsky, Noam. 1998. Minimalist inquiries: the framework. *MIT Occasional Papers in Linguistics* 15.

Chomsky, Noam. 2000. *New Horizons in the Study of Language and Mind*. Cambridge: Cambridge University Press.

Chomsky, Noam. 2002. *On Nature and Language*. Cambridge: Cambridge University Press.

Chomsky, Noam. 2005. Three factors in language design. *Linguistic Inquiry* 36: 1-22.

Coleman, Linda. 1992. Prototype Semantics. En William Bright, ed., *International Encyclopedia of Linguistics*, vol. 3: 289-290. Oxford: Oxford University Press.

Coleman, Linda y Kay, Paul. 1981. Prototype semantics: the English word LIE. *Language* 57: 26-44.

Coseriu, Eugenio. 1992. Semántica estructural y semántica 'cognitiva'. En *Profesor Francisco Marsá. Jornadas de Filología*. 239-282. Barcelona: Universidad de Barcelona.

Croft, William y Cruse, D. Alan. 2004. *Cognitive Linguistics*. Cambridge: Cambridge University Press.

Cruse, D. Alan. 1986. *Lexical Semantics*. Cambridge: Cambridge University Press.

Cruse, D. Alan. 1990. Prototype theory and lexical semantics. En Tsohatzidis, ed., 1990. 382-402.

Escribano, J. Luis G. 2008. Sólo recursividad y la aporía del Programa Minimista. *Revista Española de Lingüística* 37: 185-213.

Escribano, J. Luis G., García Velasco, Daniel, García Wegener, Carlos, Martín Miguel, Francisco y Ojea López, Ana Isabel. 2005. La competencia semántica de los hablantes: Estudio de sus estereotipos y de su capacidad referencial e inferencial. *Actas del XXXV Simposio Internacional de la Sociedad Española de Lingüística*. 813-830.

Fillmore, Charles J. y Atkins, Beryl T. S. 1992. Towards a frame-based lexicon: The semantics of *risk* and its neighbors. En Adrienne Lehrer y Eve Kittay, eds., *Frames, Fields and Contexts*. 75-102. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.

Fitch, William T., Hauser, Marc D. y Chomsky, Noam. 2005. The evolution of the language faculty: Clarifications and implications. *Cognition* 97: 179-210.

Fodor, Jerry A. 1998. *Concepts. Where Cognitive Science Went Wrong*. Oxford: Oxford University Press.

Frege, Gottlob. 1952[1892]. On sense and reference. En Peter Geach y Max Black, eds., *Translations from the Philosophical Writings of Gottlob Frege*. 56-78. Oxford: Blackwell.

Geeraerts, Dirk. 1989. Prospects and problems of prototype theory. *Linguistics* 27: 587-612.

Geeraerts, Dirk. 1990. Lexicographical treatment of prototypical polysemy. En Tsohatzidis, ed. 1990. 195-210.

Geeraerts, Dirk. 1994. Prototype Semantics. En Ronald E. Asher, ed., *The Encyclopaedia of language and Linguistics*. 3384-3386. Oxford: Pergamon Press.

Geeraerts, Dirk. 1997. *Diachronic Prototype Semantics*. Oxford: Clarendon Press.

Geeraerts, Dirk. 2006. *Words and other Wonders*. Berlin: Mouton-DeGruyter.

Geeraerts, Dirk. 2006a. The definitional practice of dictionaries and the cognitive semantic conception of polysemy. En Geeraerts 2006. 345-363.

Geeraerts, Dirk. 2006b. Cognitive grammar and the history of lexical semantics. En Geeraerts 2006. 367-397.

Geeraerts, Dirk. 2006c. The theoretical and descriptive development of lexical semantics. En Geeraerts 2006. 398-415.

Geeraerts, Dirk. 2006d. Idealist and empiricist tendencies in cognitive semantics. En Geeraerts 2006. 416-444.

Geeraerts, Dirk. 2006e. Where does prototypicality come from? En Geeraerts 2006. 27-47.

Haiman, John. 1980. Dictionaries and Encyclopaedias. *Lingua* 50: 329-357.

Hauser, Marc D., Chomsky, Noam y Fitch, William T. 2002. The faculty of language: What is it, who has it, and how did it evolve? *Science* 298/5598: 1569-1579.

Hjelmslev, Louis. 1971[1943]. *Prolegómenos a una Teoría del Lenguaje*. Madrid: Gredos.

Jackendoff, Ray. 1983. *Semantics and Cognition*. Cambridge, MA: MIT Press.

Jackendoff, Ray. 1990. *Semantic Structures*. Cambridge, MA: MIT Press.

Jackendoff, Ray. 1997. *The Architecture of the Language Faculty*. Cambridge, MA: MIT Press.

Jackendoff, Ray. 2002. *Foundations of Language*. Oxford: Oxford University Press.

Katz, Jerrold. 1972. *Semantic Theory*. New York: Harper & Row.

Katz, Jerrold. 1981. *Language and Other Abstract Objects*. Oxford: Blackwell.

Katz, Jerrold. 1987. Common sense in semantics. En Ernest LePore, ed., *New Directions in Semantics*. 157-233. London: Academic Press.

Katz, Jerrold. 1990. *The Metaphysics of Meaning*. Cambridge, MA: MIT Press.

Katz, Jerrold y Fodor, Jerry A. 1963. The structure of a semantic theory. *Language* 39: 170-210.

Kleiber, George. 1990. *La Sémantique du Prototype. Catégories et Sens Lexical*. Paris: Presses Universitaires de France.

Labov, William. 1973. The boundaries of words and their meanings. En Charles J. Bailey y Roger Shuy, eds., *New Ways of*

Analysing Variation in English. 340-373. Washington: Georgetown University Press.

Lakoff, George. 1987. *Women, Fire and Dangerous Things*. Chicago: University of Chicago Press.

Lakoff, George. 1988. Cognitive Semantics. En Umberto Eco, Marco Santambroglio y Patricia Violi, eds., *Meaning and Mental Representations*. 119-154. Bloomington: Indiana University Press.

Lakoff, George. 1999. Cognitive models and prototype theory. En Margolis y Laurence, eds., 1999. 391-421.

Langacker, Ronald W. 1987. *Foundations of Cognitive Grammar. Theoretical Prerequisites*. Stanford: Stanford University Press.

Langacker, Ronald W. 2008. *Cognitive Grammar. A Basic Introduction*. Oxford: Oxford University Press.

Laurence, Stephen y Margolis, Eric. 1999. Concepts and cognitive science. En Margolis y Laurence, eds., 1999. 3-81.

Lehrer, Adrienne. 1990. Prototype theory and its implications for lexical analysis. En Tsohatzidis, ed. 1990. 368-381.

Marconi, Diego. 1997. *Lexical Competence*. Cambridge, MA: MIT Press.

Margolis, Eric y Laurence, Stephen, eds. 1999. *Concepts. Core Readings*. Cambridge, MA: MIT Press.

Moss, Helen E., Tyler, Lorraine K. y Taylor, Kirsten I. 2007. Conceptual structure. En Gareth Gaskell, ed., *Oxford Handbook of Psycholinguistics*. 217-234. Oxford: Oxford University Press.

Murphy, Gregory L. 2004. *The Big Book of Concepts*. Cambridge, MA: MIT Press.

Newmeyer, Frederick J. 1998. *Language Form and Language Function*. Cambridge, MA: Bradford Books.

Osherson, Daniel N. y Smith, Edward E. 1999[1981]. On the adequacy of prototype theory as a theory of concepts. En Margolis y Laurence, eds. 1999. 261-278.

Pulman, Steve. 1983. *Word Meaning and Belief*. London: Croom Helm.

Putnam, Hilary. 1975. The meaning of 'meaning'. En Hilary Putnam, *Mind, Language and Reality. Philosophical Papers*, vol. 2. 215-271. Cambridge: Cambridge University Press.

Quine, Willard v. O. 1953. Two dogmas of empiricism. En Willard van O. Quine, *From a Logical Point of View*. 20-46. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Rosch, Eleanor. 1973. Natural categories. *Cognitive Psychology* 4: 328-350.

Rosch, Eleanor. 1999[1978]. Principles of categorization. En Margolis y Laurence, eds. 1999.189-206.

Rosch, Eleanor y Mervis, Carolyn B. 1975. Family resemblances: Studies in the internal structure of categories. *Cognitive Psychology* 7: 573-605.

Strawson, Peter F. 1959. *Individuals. An Essay in Descriptive Metaphysics*. London: Routledge.

Talmy, Leonard. 2000. *Towards a Cognitive Semantics*. Cambridge, MA: MIT Press.

Taylor, John R. 1995. *Linguistic Categorization. Prototypes in Linguistic Theory*. 2nd. ed. Oxford: Clarendon Press.

Tsohatzidis, Savas L.1990. Introduction. En Tsohatzidis, ed. 1990. 1-13.

Tsohatzidis, Savas L., ed. 1990. *Meanings and Prototypes. Studies in Linguistic Categorization*. London: Routledge.

Vygotskij, Lev. 1986. *Thought and Language*. 2nd., rev. ed. Cambridge, MA: MIT Press.

Wierzbicka, Anna. 1985. *Lexicography and Conceptual Analysis*. Ann Arbor, MI: Karoma.

Wierzbicka, Anna. 1990. 'Prototypes save': on the uses and abuses of the notion 'prototype' in linguistics and related fields. En Tsohatzidis, ed. 1990. 347-367.

Wittgenstein, Ludwig. 1973[1922]. *Tractatus Logico-Philosophicus*. Madrid: Alianza.

Wittgenstein, Ludwig. 1988[1953]. *Investigaciones Filosóficas*. Barcelona: Crítica.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ ESCRIBANO
UNIVERSIDAD DE OVIEDO